

EL CASTELLANO

(CON CENSURA ECLESIASTICA)

Año I.	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN TENDILLAS, 21	TOLEDO 24 DE SEPTIEMBRE DE 1904	SUSCRIPCIÓN Semestre... 180 Años... 275 Número suelto, 5 céntimos.	Núm. 36.
ANUNCIOS ECONÓMICOS		PAGO ADELANTADO		

ALMACÉN
DE
MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN
DE LA
VIUDA DE GUILLÉN
Torneiras, 15-TOLEDO-Teléfono 350

Cementos Portland, Gales hidráulicas,
Baldos de Ariza, Azulejos, Mosaicos
hidráulicos, Vidrios planos, Sifones, Su-
mideros, Enodoros, Escobetas para aceras,
patios y bodegas ó lagares.

Hay que obrar.

Cuando un organismo ó parte de él permanece en la inacción y no ejercita su actividad poniendo en movimiento sus energías, es muy frecuente verle hecho víctima de la atrofia, que empezando por aniquilar parte de su potencia, acaba en no largo plazo por convertirle en un autómatas de torpes movimientos, de acción perezosa y lánguida, hasta que concluye por la anemia ó la consunción.

Y esto mismo que sucede en el organismo, que vemos ejecutarse en nuestros propios miembros cuando nos abandonamos á la pereza ó vivimos en la inacción, sucede al cuerpo social, civil y hasta religiosamente considerado, que, cuando vive en la indiferencia, cuando deja transcurrir los días sin abandonar la apatía, llega á perder su idea de grandeza, cae en la desidia y un poco más tarde ve impasible cómo cualquiera pisotea su fama y hace escarnio de su honra.

Y esto que tan bien lo saben nuestros enemigos, que tanto lo cunden y recuerdan, lo tenemos nosotros bastante olvidado, si no en la teoría, por lo menos en la práctica; pues aunque nuestro culto no decae, ni nuestra Religión pierde un punto de su grandeza externa, aunque resuena todavía en nuestras Catedrales augusta y solemne la voz autorizada del Sacerdote recordándonos las palabras de los Libros Santos y animándonos con ellas á la oración y al trabajo, también es cierto que nuestra alma recibe muchas veces con frialdad estas útiles y saludables moliciones, cual si fueran estériles palabras lanzadas por capricho al vacío, y no consejos y mandatos indispensables en la vida práctica.

«La fe sin las obras es fe muerta» oímos de continuo, y nosotros, los católicos, que sabemos perfectamente que la fe es la vida del alma, y que esta fe, para que viva, ha de manifestarse con obras, nos cuidamos á veces poco de obrar, y continuamos casi siempre sin vigor y sin energías las indispensables prácticas de nuestra vida, limitando toda nuestra acción cristiana y católica á pedir á Dios por la conversión de los pecadores, desde el rincón de nuestra casa, por si acaso juzgan que en ello, si lo hicieramos públicamente, cometamos un delito.

Y mientras, nuestros enemigos siguen lanzando contra nosotros palabras de ignominia, criticando nuestros actos, ridiculizando nuestras creencias, haciendo mofa de nuestras prácticas, escarniando lo más santo y sagrado, blasfemando y jurando con alardes públicos de impía irreligiosidad. Y todo esto sin levantar nuestra protesta, sin que tratemos de reivindicar el respeto que nuestra fe merece, y más aún, pasándolo por alto, en muchas ocasiones, á pretexto de una exagerada compasión, cuando no es otra cosa que cobardía ó indiferencia, como si fuera cosa que nos tocara muy de lejos.

De ahí la incansante labor de los rotativos, en cuyas columnas se infiere toda clase de insultos, más ó menos distorsionados, á la Religión, sin la protesta; más aún, con la aquiescencia y hasta con el apoyo de muchos cató-

licos que todavía no reconocen en ellos uno de nuestros mayores enemigos.

De ahí las tiradas de periódicos y revistas ofensivas á la moral, que no fueran tantas si nuestra acción fuera más íntima para luchar contra ellas.

De ahí la profusión de reuniones en que los primates del liberalismo nos atacan descaradamente, calumniándonos de retrógrados, enemigos del progreso y partidarios del obscurantismo, sólo porque amamos el orden.

De ahí los alardes de los insipientes, enorgullecidos con el título de libre-pensadores, cuando solamente son rematados ignorantes que no conocen las dotes del pensamiento ni los límites de la libertad.

Y de ahí, finalmente, tantos males, inconvenientes y peligros que, empezando por la negación, hija de la ignorancia, concluirán por el desenfreno, engendrado en el actual libertinaje.

Salgamos, pues, de nuestra inacción, demos pruebas á nuestros enemigos de que aún nos sobran valor y energías, unamos la práctica á la creencia, publiquemos en la calle lo que aprendemos en el templo, demostremos, en fin, que somos un organismo no atrofiado, sino energético, capaz de luchar y vencer.

EL DESCANSO DOMINICAL

Signe barajándose la ley sobre el descanso dominical, y poniéndola por los suelos entre brujas y seriedades.

«Los cristianos á la ley, como siénd páanos á muchos cuando pedimos justicia, siguen poniendo el grito en el cielo, si es que alguna vez puede llegar al cielo el grito de los rebolotos, cogidos en sus propias redes.

Porque nadie puede dudar que de los que más han contribuido á que el asunto del descanso dominical se tome en cuenta, y á que sobre él se dé la ley, han sido los diarios de la corte, en cuyas colecciones, y á poca costa, se encontrarían palabras y artículos mucho más fuertes pidiendo el descanso dominical, que los que ahora publican procurando dar en tierra con la ley que tan respondona debió salirles, y digo debió, porque ellos, que blasonan de rectitud y de justicia y dicen haber tomado á su cargo nuestra regeneración, han sido los primeros en hacer de la ley letra muerta, reduciéndose á cubrir las fórmulas y... vamos tirando, que en tirar está la ganancia.

Algunos acusan la ley sobre el descanso dominical de atentatoria al derecho privado, otros de que es causa de inmoralidad, hay quien la tilda de retrógrada, y no falta quien la tacha de perjudicial al pobre y depresiva á la nación. Nosotros creemos que todo esto es, por lo menos, exagerado, y juzgamos que el que así hable, lo hace con demasiado apasionamiento, porque examinándola detenidamente, no hallamos en ella tan dañosas doctrinas.

Y conste que no queremos hacer la defensa de una ley que, después de todo, no sabemos si durará mucho ó poco; pero por lo menos, deseamos hablar de ella como gustamos de hacerlo con todo: con imparcialidad.

La ley sobre el descanso dominical no es atentatoria al derecho privado, porque la ley, como general que es, alcanza á todos y á todos iguala, y por tanto, lo que hace es destruir categorías y diferencias, estableciendo para todos la misma regla. Alguno, dedicado quizás á industrias domingueras, se creerá lastimado; pero no tiene razón, porque en este caso, lejos de atentar contra su derecho, la ley no hace sino colocarle al nivel de todos, impidiéndole el uso de lo que en todo caso no sería un derecho, sino un privilegio sobre los demás.

Tampoco es causa de inmoralidad, de que la acusan aquellos que dicen que con esta ley se llenan las tabernas y casas de bebidas, por la sencilla razón de que esto no es culpa

de la ley, que deja al hombre libre el domingo para que lo dedique á lo que más le plazca; es culpa de la ley que el hombre, en lugar de aprovechar esta libertad para instruirse y moralizarse, la emplee en pervertirse y embriutecerse; entonces tendríamos que decir que es un mal el libre albedrío, porque nos concede la facultad de elegir entre lo bueno y lo malo.

Los que tildan á la ley de retrógrada no marchan tampoco muy lucidos en su modo de razonar. Propio es de los pueblos cultos, á la moderna, emplear el domingo en ocupaciones propias del espíritu más que del cuerpo, como son: las obligaciones religiosas, las distracciones lícitas, la asistencia á actos científicos, la lectura en bibliotecas, la visita á los museos, etc. ¿Qué en España no hay todavía facilidades para que el obrero, el pueblo en general, pueda encontrar estas distracciones en los domingos? Pues pídase su establecimiento, que en no tenerlas, si acaso, seríamos retrógrados, y no se pogan trabas á la ley que, poco á poco, las irá haciendo indispensables.

En cuanto á que es perjudicial al pobre no hay para qué decir que esto se asegura sin fundamento. Porque al pobre lo que le podrá ser perjudicial, será no haber ganado con el trabajo de la semana lo suficiente para descansar el domingo; pero concederle este día para que pueda reparar sus pérdidas fuerzas y ensanchar su corazón, gozando las satisfacciones íntimas del hogar, rodeado tranquilamente de su familia, eso no habrá quien lo diga. ¿Que gana poco? Pues, muy sencillo: que los ricos le den más, en vez de echarse las de compasivos obligándole á trabajar sin descanso.

Lo que se precisa en España en la mayoría de las cosas no son leyes sino espíritu de nos bien escasos.

En vez de criticar la ley sobre el descanso dominical, procuremos quitarla los defectos que indudablemente tendrá como toda obra humana, y trabajemos por hacerla perfecta, en lo posible, para servicio del derecho público; pues pensar en una ley que á todos nos haga disfrutar las delicias de Jauja, es pensar un imposible.

FABIAN BERMÚDEZ.

LOURDES

Atravesamos la frontera, y largo tiempo fuimos contemplando las bellezas del paisaje vasco-francés, bellezas muy parecidas, semejantes y aún á veces harto superiores á las de la vasconia española; mi alma, naturalmente artista como todas las almas y enamorada, por tanto, de la hermosura natural que en las obras de la creación resplandece, reflejo débil de la esencial y soberana hermosura de Dios, su hacedor, no paraba mientes en lo que en otras ocasiones la hubiera embelesado; aquella decoración, con ser tan soberbia, tan sorprendente y maravillosa, nada parecía interesar á mi espíritu; presa éste de un misterioso anhelo, de una ansiedad grande, esperaba cosas más sublimes, goces más intensos que aquellos que la tierra le ofrecía, algo que había de levantarle más hacia el cielo.

La cordillera pirenaica se ofrece á nuestra vista: mis ojos miran allá arriba, á lo alto de aquellas enormes y gigantescas moles cuyas cumbres hálpanse revestidas de blanca nieve, blanca que, con el azul del firmamento, se confunde allá... allá, en lo alto, debe de estar lo que yo busco; *Ella* nunca posó su planta delicada sobre el fango de este suelo; *Ella* siempre se mantuvo en las alturas de la más perfecta santidad; sí, aquellos son sus colores, el azul y blanco; allí arriba, en lo más elevado, asentada estará en un grandioso trono dispuesto por la naturaleza, la Reina que yo vengo á adorar; pero no... ¡Lourdes! gritaron los que conmigo iban en el vagón, y en efecto, allí en el fondo de un valle, circuido por altas montañas, rodeado por el Gare que, murmurador, se desliza suavemente, allí se encuentra la Virgen

pura, la Virgen inmaculada, la incomparable entre las hijas de Eva, la Virgen María. ¡Ah! es nuestra madre, y por más excelsa que es su dignidad, no quiere, sin embargo, apartarse de nosotros y en vivir entre sus hijos y consolarles tiene *Ella* sus complacencias.

Llegamos ya cuando la tarde comenzaba á agonizar, y las muchas dificultades que nos ocurrieron para hallar hospedaje, por el número excesivo de peregrinos, nos entretuvieron más de lo que deseábamos, y algo entrado de la noche fuimos hacia la gruta; pero ¿en qué ocasión! las cimas de los montes velanse cubiertas de un resplandor rojizo, última oleada de amoroso fuego con que el sol, al trasmontarse, envuelve á la tierra; poco á poco fueron surgiendo, radiantes, las estrellas; la gran Basílica aparece iluminada con innumerables lámparas eléctricas de diferentes colores que, combinadas conforme al orden arquitectónico, trepan hasta el remate de la elevada y airosa gótica aguja; los peregrinos, miles de peregrinos, todos con sus luces, que no se sabe, por un momento, si son reverberos de los astros que en el cielo brillan, ó éstos sean reflejos de las velas que en las manos de los fieles arden, forman la procesión que, bajando por una de las rampas que llevan á la cripta, se extiende en hilera interminables á lo largo de la esplanada para dar la vuelta en torno á la imagen de María que allí en el centro se levanta y cuya corona vivos fulgores despidie; todos cantando en alta voz y en la hermosa lengua de Corneille y de Lacordaire, un himno de amor á la Virgen, repitiendo, en medio de aquella gran soledad el Ave que á María dijera el Angel en la soledad de la casita de Nazareth, y al final, todos de pie, vueltos hacia el interior del Templo, hacen la profesión de fe católica, entonando el credo de nuestra Religión con fantástica, lucida y sonora Relación con concebible é inimitable, tal es la procesión de las antorchas.

Sin apagar sus luces, sin acallar sus cantos, sin que su entusiasmo cese un punto, los peregrinos siguen á lo largo del río hasta llegar á la gruta milagrosa; unido á ellos y temblante de emoción, iba yo á ver realizado el sueño de toda mi vida, y precisamente entonces, en medio de aquella palpitante realidad, es cuando más parecía que soñando estaba; cuadro mágico, deslumbrador, visión divina, celeste aparición lo que mis ojos vieron en aquel momento; allí, en el hueco de una rocosa peña desnuda é ingente, está la Virgen vestida de blanco, con su orla azul, el Rosario en el brazo, juntas las manos, dos rosas en los pies y la mirada mirada inefable fija en el cielo; en el mismo sitio y en la misma arrobadora actitud, en que se dignó mostrarse á Bernardette; aún parece notarse el resplandor de que venía adornada en los millares de luces que á sus pies arden; aún se cree escuchar el sonido rumboso de los angélicos coros que la acompañaban, en el murmullo blando de tantos labios que modulan sus plegarias; aún se siente allí uno, y cuántos lo hayan presenciado darán de esto testimonio, enajenado, como la favorecida aldeanita de Soubirous, en éxtasis dulcísimo. Al punto vinieron á mí mente aquellas palabras del Cantor de los Cantares. *Columba mea in foraminibus petrae*. Nunca mejor aplicadas que en este lugar; allí, en la hendidura de aquella roca, hallase guardada la paloma blanca como el armiño, sin que el humo de tantas hachas, como allí están encendidas y que ennegrecen las piedras, pueda manchar su nivea vestidura.

Expuesto el Santísimo toda la noche en el Templo del Rosario, no dejan los peregrinos de ir y venir, al pie del Tabernáculo, donde realmente se encuentra Cristo Jesús, y de allí al pie de la gruta donde realmente también se apareció su Madre Bendita. Albor ea día, y antes de que el Rey de los astros envíe sobre la tierra sus primeros luminosos rayos, ya el sol de Justicia caldea los corazones y enciende el fuego del divino amor en las muchas almas que le reciben en Comunión. Innumerables las comuniones que se reparten en toda la mañana, incontables